

861
PQ 7297

.V33

G5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

88488

LAS
GLORIAS DE LA PATRIA.

EL 16 DE SETIEMBRE.

DEDICADA

A LA SOCIEDAD JALISCIEN-
SE DE BELLAS ARTES.

Hoy que la planta audaz del extranjero
Tu rico suelo oprime, ¡oh patria mía!
De heroica sangre cálido reguero
Dejando en pos de sí su huella impía;
Hoy que un bando traidor te tiende artero
Las redes que forjó la tiranía,
Quiero á mi pueblo referir tu historia,
Cantar tu porvenir, cantar tu gloria.

Génio sublime cuyas alas de oro
La humanidad cobijan con su lumbré,
Que llevas en tus labios un tesoro
Que arrebatá á la inquieta muchedumbre;
Sagrada libertad, á quien adoro
Como el inca adorara en la techumbre
Del azulado cielo al sol radiante,
Foco de luz eterna y fecundante;

Dame de Ossian la inspiracion guerrera,
Dame la voz robusta de Tirteo
Para poderme alzar hasta la esfera
Do me arrastra invencible mi deseo.
Haz que llegne á la gente venidera
De mis marciales cantos el trofeo,
Prenda de amor que ante tus piés coloco,
Númen divino, cuyo auxilio invoco.

En ominosa esclavitud sumido
El mejicano pueblo sollozaba,
Arrastrando en las sombras del olvido
Las lentas horas de una vida esclava.
El látigo de un amo aborrecido
Sus desnudas espaldas destrozaba;
Y el llanto acervo de sus tristes ojos
Regaba de su senda los abrojos.

En el sueño brutal de la ignorancia
Su altiva inteligencia reposando,
Del error adoraba la arrogancia
Ante sus aras la cerviz doblando.
Muriendo de miseria en la abundancia,
En medio de la luz ciego quedando,
Para él la tierra de sus padres era
Tierra de maldicion, tierra extranjera.

Es que ese pueblo que la faz inclina
Pálida, mústia, yerta y descarnada,
Perdió del corazon la luz divina
Al perder á su patria idolatrada.
Es que ese pueblo trémulo camina
La argolla del esclavo al cuello atada,

Sin un recuerdo que su pecho halague,
Ni una esperanza que su sed apague.

Un tiempo fuerte, poderoso, altivo,
Llenabala espléndidas regiones,
Que hoy cruza como mísero cautivo
Perdidas sus mas puras afecciones.
¡Elocuente leccion, ejemplo vivo
Que destruye las torpes ilusiones
Del que el oido á la venganza presta
Y al seno de su madre el tiro asesta!

Altos palacios, teócalis suntuosos,
Ciudades espaciosas y opulentas,
Hoy solo son desiertos pavorosos,
Guaridas de dolor, ruinas sangrientas.
Y al recorrer sus senos misteriosos
Se descubren desnudas osamentas,
Entre el musgo y las zarzas escondidas,
Por el tiempo y la lluvia ennegrecidas.

El brillo que los siglos contemplaron,
El poder que los bárbaros temieron,
Como un fuego nocturno se eclipsaron,
Como un vapor lijero se perdieron:
Que manos extranjeras destrozaron
Lo que ignorantes nunca comprendieron,
Del olvido arrojando en el abismo
Las prendas del valor y el heroísmo.

¿Dónde, decid, se fijará la vista,
En dónde el corazon, dónde la mano,
Que no halle una señal de la conquista,
Obra fatal de aventurero hispano?

Cual récio vendabal barre la arista
Que frágil se alza en el estenso llano,
Tal el azteca imperio desaparece
Ante el torrente que su furia acrece.

Y no es que el mejicano acobardado
Sin luchar como un héroe sucumbiera,
Y no es que al español fuerte y osado
Ni en valor ni en pujanza le cediera;
Empero el invasor halló un aliado
Que siguiera sumiso su bandera,
Nécio soñando en su profundo encono
De Moctezuma derribar el trono.

¡Mezquina aspiracion, amargo engaño,
Que produjeran venenoso fruto,
Haciendo iguales la vergüenza y daño;
Dando al mismo señor igual tributo!
Que al estenderse de un poder extraño
El brazo que sembró miseria y luto,
Toda frente llevó su duro sello,
Pesó un solo dogal en todo cuello.

Una vez el coloso destruido,
Borrada su política existencia,
Un pueblo vencedor y otro vencido
Solamente quedó, ¡vil diferencial
Para aquel el aplauso y el ruido;
Para este la ignominia y la indigencia;
Siendo la liga que á los dos enlaza,
El ódio, la opresion y la amenaza.

Trescientos años discurrido habian
Desde la época aciaga y lamentable,

Que los hijos de Méjico sufrían
Del extranjero el ominoso sable.
En tan vasta estension no se vefan
Mas que masas de aspecto miserable,
De todo afecto el parecer ajenas,
Llevando resignadas sus cadenas.

La paz de los sepulcros, paz profunda,
Imperaba siniestra, aterradora:
Ni el llanto que los párpados inunda
Del que en silencio sus desdichas llora,
Ni una queja del siervo á la coyunda
Que traicione su pena abrumadora,
Van á turbar el seno del magnate
Que satisfecho y reposado late.

Mas esa calma sepulcral en breve
Irá á tornarse en huracan deshecho,
Que es solo el manto de profusa nieve
Que en el cráter esconde hirviente lecho.
Una voz nada mas, un soplo leve
Exitará la rábia y el despecho
Del rebaño de parias que se agita
Como una raza réproba y maldita.

Cada instante pasado un nuevo insulto
Ha dejado tras sí; cada momento
Dejó en el corazon el dardo oculto
Del baldon, del ultrage ó del tormento.
De pasiones mezquinas el tumulto
Del infeliz sofocan el lamento;
El choque de los vasos y botellas
Responde del vencido á las querellas.

Y en medio del silencio y de la muerte
Un rumor escuchábase confuso,
Que no llegaba al corazón inerte
De un tirano nutrido en el abuso.
Que Dios ha abandonado á aquel que fuerte
El crimen cometió, creyendo iluso
Que es eterno el poder que le acompaña,
Siendo tan frágil como frágil caña.

Allá en el seno de apartada aldea
Un anciano ministro, un pobre cura,
Las horas todas de su vida emplea
En calmar el dolor con su dulzura.
El que sufre halla en él lo que desea,
Pan el mendigo, el huérfano ternura,
Apoyo el desvalido que allí tiene
Quien su inquietud solfeito serene.

Entre Dios y los hombres medianero,
Sus manos para el bien son siempre abiertas;
Su alma es de caridad rico venero;
De par en par consérvanse sus puertas,
Dando un asilo al mísero viajero
Que sus pisadas dirijiera inciertas,
Sin escuchar una palabra amiga
Que endulce cariñosa su fatiga.

Del sacerdote de Jesús modelo,
No busca su provecho en el santuario;
No confunde su bien con el del cielo;
No abusa de su hermano, temerario.
La moral sigue con ardiente celo,
Que predicara el mártir del Calvario;

Moral divina que las almas ata,
Pues la dictó de amor la influencia grata.

Su tierno corazón oye la queja
Que á él á todo instante alza sumisa,
De su rebaño cada pobre oveja,
Que siente el pié que sus andrajos pisa.
Y él á todas instruye y aconseja;
En sus labios hay siempre una sonrisa,
Que en los pechos heridos se derrama
Como del sol la fecundante llama.

Es Hidalgo ese noble personaje,
Cuyo nombre pronuncian con cariño
En balbuciente ó varonil lenguaje,
El jóven, la doncella, el tierno niño.
Grave y sencillo su modesto traje,
Su cabeza mas blanca que el armiño,
Su frente despejada y pensativa,
Su mirada profunda, pero viva.

Su faz que de la edad muestra la huella,
Franca y jovial osténtase lozana,
A un tiempo y á la par viéndose en ella.
Que con la ciencia la virtud se hermana.
Y cuál mas alto de las dos descuello
Fuera el investigarlo empresa vana,
Que al verle el corazón siente en secreto,
Confianza, admiración, amor, respeto.

Si habla acaso, su voz imitar sabe
El murmurar de la risueña fuente,
El suspirar del zéfiro suave,

Los ecos impetuosos del torrente,
La fugitiva música del ave;
Y dulce, aterrador, blando ó vehemente,
Hasta el fondo del ánimo atraviesa
Y deja su palabra en él impresa.

A este hombre, pues, la Providencia elije
Como un nuevo Moises, para que rompa
El vil dogal que al mejicano afije,
Del extranjero la insultante pompa.
La oculta inspiracion que a él se dirige
Será en sus labios la guerrera trompa,
Que á todo un pueblo á pelear convoque
Y que el poder usurpador derroque.

Allá en la soledad de su retiro,
¡Cuántas veces sus labios exhalaron
De amarga indignacion hondo suspiro
Cuando á él las quejas de su grey llegaron!
¡Cuántas veces tambien en raudó giro
Sus ideas volcánicas cruzaron
Por su mente agitada en que fermenta
De un porvenir cercano la tormenta!

Quizás á pronunciar llega su boca
Una palabra rápida que pasa,
Cuyo fugaz sonido á penas toca
El labio que cual hierro ardiente abrasa.
Su corazón ansioso se sofoca,
Su sangre entumecida se extravasa,
Pues contra el curso de las horas rehacio,
Quisiera devorar tiempo y espacio.

Y al fuerte impulso que su pecho mueve,
A la ardiente vision que le fascina,
Trémulo el brazo á levantar se atreve,
Y su frente serena se ilumina.
Su noble corazón ávido bebe
La inspiracion purísima y divina
Que de los labios del Señor se exhala,
Y su mision sublime le señala.

Pero despues, cual cenicienta nube
Que se ve levantar allá á lo lejos,
Que por un cielo trasparente sube,
Del sol oscureciendo los reflejos;
Ese de amor y caridad querube
Se siente vacilar á los consejos
De la duda crúel que en su alma vierte
El fatídico aliento de la muerte.

Y la sombra letal de la tristeza
De su mirada envuelve el tibio rayo,
Y se dobla su lánguida cabeza,
Herida de mortífero desmayo:
Cual la encina que altiva se endereza
Defendiendo á la flor que siembra el Mayo,
Del huracán al tormentoso empuje
Azota el suelo y humillada cruje.

Es alta noche, su callado imperio
La severa deidad tranquila estiende,
Mientras que el sol alumbra otro hemisferio,
Y de su luz la vida se desprende.
En alas del silencio y del misterio
La atmósfera sutil el sueño hiende,

Haciendo enmudecer bajo su influencia,
Del infeliz mortal la honda dolencia.

Calmada un poco la borrasca fiera,
En que el pecho de Hidalgo zozobrará,
De un plácido sopor la aura ligera
Del anciano la faz baña preclara.
Como agita la brisa pasajera
La superficie de la fuente clara,
Así la dulce ondulacion se mira
De su seno tranquilo que respira.

Derrepente ve en sueños que se llega
De un gallardo mancebo la figura,
En cuyo continente se despliega
La régia magestad y la apostura
Del guerrero que en medio á la refriega
Se lanza derramando la pavura
En la turba enemiga que azorada,
Huye al brillo sangriento de su espada.

Una sombra tristísima oscurece
El resplandor de su mirada altiva,
Que al contemplarla el alma se estremece
Pues que la clava fija y pensativa.
Estraña mezcla su semblante ofrece
De amargura y bondad, cual fugitiva
A la hora del crepúsculo se aduna,
Con la lumbre del sol la de la luna.

Del mártir y del héroe las señales
Lleva en la mano, su cabeza ostenta
Y sus espaldas las insignias reales,

Su planta herida con trabajo asienta,
Que aun muestran sus tostados calcañales
Del soldado español la negra afrenta,
Borron inolvidable que la historia
Ha arrojado en su nombre y su memoria.

“¡Es Guatimoc!” esclama Hidalgo: “¡tú eres!
Tú eres el héroe noble y arrogante,
Que no tuvo mas dicha ni placeres
Que el poder español batir constante . . .
¿A qué vienes aquí? dime ¿qué quieres?
No, en silencio me mires, al instante
Habla y ordena, que tu heroico ejemplo
Aquí en mi corazon conserva un templo.”

“¡Y tú duermes!” responde el rey azteca,
“¡Y no vez á tu pueblo que allí gime,
La fuerte espada convertida en rueca
A los piés del tirano que le oprime!
¡Tu mano paternal en vano seca
El llanto de la víctima que imprime
Un sulco eterno en su mejilla hundida,
De hambre y dolor marchita, enflaquecida!”

“Tiende la vista, mira en torno nada!
Un rebaño de siervos que se agita,
Que tiembla del señor á la mirada,
Que en la faz lleva su miseria escrita,
Que se agrupa sumisa y resignada,
Sin patria y sin hogar, vil y proscrita,
Cuya vida es continuo sacrificio,
Largo tormento, sin igual suplicio!”

“¿En dónde el pueblo denodado se halla
Que hizo al conquistador morder la tierra?
¿Por qué esa hueste de leones calla?
¿Por qué su lábio degradado cierra?
De ira y rencor mi corazón estalla;
Quiero soplar el fuego de la guerra,
¿Qué entre ruinas, y sangre, y esterminio
Perezcan el tirano y su dominio!”

“¡Oh! perezcan mil veces, sí, perezcan,”
Murmura Hidalgo, “caigan sus excesos
Como lluvia de fuego; que aparezcan
Los que pasaron por el mundo ilesos,
En torpe desnudez; que se emblanquezcán
Sin compasión sus insepultos huesos:
Y que del odio popular juguete
Sea su carne del chacal banquete.”

“Así será,” con gozo le replica
El mártir del Anáhuac: “Que tu acento
Cual tempestad que el alma fortifica
Haga temblar el vasto firmamento,
Que esta región como ninguna rica
Vacile en su más hondo fundamento,
Y poderosa y fuerte tu palabra
De un porvenir feliz las puertas abra.”

“El gran ser que su luz presta á la estrella
Te ha destinado á tí para que rijas
De mis hermanos la insegura huella
En que hoy los ojos desolado fijas:
El enojo del déspota atropella,
Con su astucia falaz nunca transijas,

Y que del libre á la indefensa hueste
Fuerza y vigor tu corazón le preste.”

“Mañana á tí se acercará un amigo
En busca de tu apoyo y tu consejo;
Dale en tu pecho paternal abrigo,
En él su nombre y sus facciones dejo.
De tu empresa participe y testigo,
De tu gloria será vivo reflejo,
Tiéndele pues con efusión tu mano
Que más que compañero es un hermano.”

“Tal vez cual yo, verás que tu destino
De tu heroica carrera el vuelo corta,
Colocándose en medio del camino
En donde vas á entrar. . . ¡mas nada importa!
¡Por la patria morir es tan divino!
¡Tan dulce es el dolor que se soporta
Por ella, que volver solo quisiera
A inmolarle mil vidas que tuviera!”

“Mas tu obra vivirá, tu sangre augusta
Hará brotar valientes adalides
Que del ibero la soberbia injusta
Humillarán en tormentosas lides.
La espada empuña pues con fé robusta,
De tu misión exelsa no te olvides;
Muere si es necesario, que del siervo
Tu sangre el nombre borrará protervo.”

Dijo y huyendo por el éter vago
Se perdieron sus formas indecisas,
Cual la niebla sutil del manso lago

Huye al soplo primero de las brisas.
El anciano despierta y con halago
Tributa á la vision aun sus sonrisas,
Del alba solo ve la luz escasa.
Que por sus puertas mal cerradas pasa.

La blanca aurora de carmin y gualda
Tiñe los bordes del lejano Oriente;
La llanura su manto de esmeralda
Recobra al despertar fresco y luciente;
Las reses trepan por la estensa falda
Del monte que irgue su escarpada frente,
Y el ave que se anida en la arboleda
Canta su vida y sus amores leda.

Vese cortando la neblina espesa
Con rapidez y con violencia suma,
Un ligero corcel que á pena impresa
Deja su ferrea planta, cual la pluma
Que veloz por los aires atraviesa,
Cubre su pecho de brillante espuma
E inteligente y dócil se somete
A la mano y la voz de su ginete.

Es este un jóven de presencia noble,
En cuyo aspecto bondadoso asoma
La fuerza hercúlea del silvestre roble
Y el modesto candor de la paloma.
Parece poseer influencia doble
Que al hombre y á la bestia iguales doma,
Pues de su voluntad siguen la senda
Aquel sin murmurar, este sin rienda.

Del duro Marte en la brillante escuela

Entró desde sus mas tiernos abrilés,
Mirando el vago porvenir que hanela
Al traves de sus sueños juveniles:
Alguna vez su pensamiento vuela
En ilusiones vivas y febriles,
Buscando no sé qué su alma exalta,
Que no sabe do está, mas que le falta.

Indeciso y tenaz presentimiento
Que allá en el fondo de su ser se anida
Cual la primera luz del pensamiento,
Como el gérmen oculto de la vida.
Solitario misterio cuyo aliento
Una esfera para él no conocida
De los tiempos le ofrece en lontananza,
Como un premio á su fe y á su esperanza.

Perdido en ideales devaneos,
De su sino la voz sin saber sigue
En busca de quien fije sus deseos
O su deshecha tempestad mitigue;
Mas de ciencia y virtud con los arreos
Como el anciano Hidalgo no consigue
Nadie mostrarse á la mirada absorta
De aquel que siente su presencia corta.

Llega y penetra en la mansion modesta
Del ilustre levita que tranquilo,
Iba á sacar de una pequeña cesta
De humilde procedencia y pobre estilo,
El frugal alimento que se apresta
En reposo á tomar, cuando su asilo
Resuena con los pasos del guerrero
Que mezcla con el ruido de su acero.

Al verle Hidalgo rápido se lanza
La faz iluminada de entusiasmo,
Como aquel que percibe una esperanza
Viéndose hundido en sepulcral marasmo.
"¡Allende!" dice "ten valor, confianza;
Depon la admiracion, depon el pasmus.....
Te aguardaba, ¿lo ves? no así me mires,
Eres feliz, no dudes ni suspires."

"La patria nos reclama, el pueblo quiere
Nuestra voz escuchar, fiel y sumiso
Nuestras pisadas seguirá... No muere
Aquel que sacrifica si es preciso
Su vida en un cadalso, pero hiere
Al déspota insolente que remiso
Desde el muelle silencio de su alcoba
Al pueblo oprime, y asesina, y roba."

Así al hablar al corazón estrecha
Al joven capitan mudo y suspenso,
Que entre tales palabras no sospecha
Todo el proyecto que se oculta inmenso.
Su alma empero se siente satisfecha
Como aquel que descubre un campo estenso
Do ejercitar la fuerza que le sobra
Y que gasta en la inercia y la zozobra.

Ya calmado de Hidalgo el arrebato
Hace que el capitan tome una silla,
Poniéndole delante en limpio plato
Sabroso refrigerio: con sencilla
Pero dulce expresion y tono grato
El cuadro desarrólla en el que brilla

La inspiracion sublime que su frente
Baña con luz serena y refulgente.

Con pincel animado y vivo tono,
En relacion enérgica suscita,
Del mejicano pueblo el abandono,
La miseria y dolor airado pinta.
Con noble indignacion muestra en su'encon
La veste de la patria en sangre tinta,
El secular ultraje que la empaña,
La bárbara injusticia de la España.

Con interés, aunque en silencio, Allende
Sigue la voz que el cuadro le señala,
El corazon atónito suspende
Del discurso inspirado que resbala
Como manso arroyuelo, ó se desprend
Con el fragor y la salveje gala
Del torrente cuyo impetu domeña
La inmensa mole de gigante peña.

Sus miradas enciéndense en el fuego
Que de los ojos del anciano brota
En eléctricas chispas, lleva luego
Los puños á enjugar la tibia gota
Que surca su mejilla, en su ira ciego
La tierra hiere y agitado azota
Con el flexible látigo que inquieta
Su mano vibra y convulsiva aprieta.

"¿Y que hay que hacer?" prorrumpe al fin.—
"¡Lanzarse
A vencer ó morir," fiero responde

El atrevido Hidalgo; "desnudarse
Del amor á la vida que se esconde
Aquí en el corazón; sin inmutarse
Arrostrar el peligro.... "Y cómo, en dónde!"
"No importa la hora, ni el lugar, ni el modo:
Dios lo ha querido así, Dios lo hará todo."

Es de noche, la luna mal velada
Con la diáfana-gasa de un celaje,
Cual la jóven doncella recatada
Guarda sus gracias tras sutil encage,
Atraviesa la atmósfera azulada
Derramando su luz sobre el paisaje,
Que se estiende fantástico y dormido
Como un sueño de amor mal definido.

Del buho el gemido solitario
Que solemne y monótono se escucha
Alzarse del musgoso campanario,
Que ya vencido con el tiempo lucha;
El perro que en su techo hospitalario
Con mucho afán y vigilancia mucha,
Cual centinela fiel la voz de alerta
Por intervalos da clara y despierta;

Son los únicos ruidos que el profundo
Silencio de la noche interrumpiendo,
Parece que anunciando están al mundo
Que aun hay seres y vida aunque durmiendo;
Y á esas horas se ve meditabundo
Su reducida estancia recorriendo
El noble Hidalgo de mirada suave,
De paso igual y continente grave.

Párase derrepente y en el cielo
Fija la vista en ademan ferviente,
Cual si quisiera en su estrellado velo
Ensanche dar al corazón ardiente....
Ve despues el reloj y con anhelo
Sigue el apuntador, que lentamente
Y á golpes compasados se adelanta,
Como del tiempo la invisible planta....

Diez minutos aún y habrá sonado
De la emancipación la feliz hora
Que en el cuadrante eterno ha señalado
La mano del destino; aterradora,
Asoma ya su rostro ensangrentado
La guerra sin piedad asoladora,
Y el torvo despotismo en su antro oscuro
Se revuelca en su lecho mal seguro.

Se oye de lejos un rumor incierto
Que rompe de la noche la honda calma,
De Hidalgo estremeciendo el pecho abierto
Á la leve impresión que siente el alma.
Cual se sacude en medio del desierto
La copa magestuosa de la palma
Del huracán al soplo, tal su frente
Mueve con inquietud viva y creciente.

En rápido galope que atrás deja
La aura sutil que juega con la rama,
Que estremecida á su ósculo se queja,
Como la virgen que á su amante llama,
Inquieto Allende á su alazan aqueja,
Que un sudor copiosísimo derrama,

Redoblando sus fuerzas y su brío
Cual flecha disparada en el vacío.

Llega por fin y en prolongado abrazo
Se unen los dos caudillos; silencioso
Hidalgo á Allende toma por el brazo,
Le acerca á la ventana y el reposo
En enyo dulce y lánguido regazo
La poblacion se entregá, magestuoso
Le hace notar con voz firme y serena
Sin revelar ni turbacion ni pena.

“¿Ves al leon que sosegado duerme
A las plantas echado del verdugo?
¿Ves ese pueblo que descansa inerte
Contento al parecer bajo su yugo?
¿Hay acaso un mal génio que le aduerme
En su miseria atroz con un mendrugo,
Que de la mesa del señor se escapa
Y con su sangre y con su llanto empapa?”

“Muerto le juzgarás! y sin embargo,
Una voz nada mas, una voz basta,
Para que sacudiendo ese letargo
En que hoy su vida y su potencia gasta,
Haga que el cáliz del dolor amargo
Trémula apure la orgullosa casta,
Que hoy á un trono estrangero le encadena
Y á esclavitud horrible le condena.”

“El suelo á nuestras plantas se estremece
Como un volcan á reventar cercano;
La region de los vientos se ensordece
Como el rumor de embravecido oceano;

En densísima nube se oscurece
Del horizonte el límite lejano,
Cual polvoroso velo que se abate
Sobre un sangriento y pertinaz combate.”

“Es la resurreccion: el pueblo inquieto
Como la tempestad que airada zumba,
Rompe el dogal á que vivió sugeto,
Rompe la losa de su oscura tumba.
El monstruo del silencio y del secreto
Con estrépito horrible se derramba,
El globo que mantuvo con sus hombros
Es monton de cadáveres y escombros.”

“Y despues se levantan mil edades
Rieas de porvenir, ricas de ciencia;
Los desiertos se pueblan de ciudades
Que vengon á la Europa en opulencia;
El astro de las patrias libertades
Derrama su benéfica influencia,
Cobijando benigno nuestro cielo
Una nacion de las demas modelo.”

“Entre tanto del déspotá las redes
A nuestros piés estorbos amontonan;
De una cárcel las húmedas paredes
Nuestro denuedo férreas aprisionan;
Corrompen las tiránicas mercedes;
Todos á perecer nos abandonan;
Y en medio de la fiebre y del delirio
La palma nos aguarda del martirio.”

“Muramos sin embargo, el sacrificio!
Contentos aceptemos, Dios lo manda;

Que en medio del dolor y del suplicio
De la virtud el brillo mas se agranda.
Su crimen arrebata al precipicio
Al extranjero de memoria infanda,
Y nuestra sangre en su semblante sella
Del asesino la imborrable huella."

Así al hablar la faz enardecida
Del anciano y sublime sacerdote
Brilla con una luz desconocida,
De exelsa inspiracion divina dote.
Allende fija en él embebecida
La vista, acariciándose el bigote
Espeso y negro que sombrea el lábio,
Al plumage del cuervo haciendo agravio.

Del reloj de la torre la campana
Hace escuchar sus lentas vibraciones,
Perdiéndose en la atmósfera cercana
Cual del alma fantásticas visiones.
Las doce son, cual si una voz humana
Se hiciera oír en todas direcciones,
Despertando á la vida y movimiento
A un pueblo que reposa soñoliento;

Así un repique largo y sonoro
Que el silencio interrumpe de la noche,
Se sacude entre grave y cariñoso
Cual voz de amor, de mando ó de reproche.
Huyen luego la calma y el reposo,
De su cendal la luna rompe el broche,
Y brilla mas hermosa allá en la altura
Derramando su luz tímida y pura.

Un momento despues la plaza llena
Vése de un copiosísimo gentío,
Cuyo vivo bullicio el aire atruena
De un extraño y confuso vocerío:
Y entre la multitud se alza serena
Radiante de altivez, de gracia y brío,
La noble frente del caudillo anciano,
Que ve á su pueblo y le saluda ufano.

El génio de la América riendo
Sobre esa escena apareció sus alas
En el eter sutil blandas batiendo,
Todo cubierto de brillantes galas.
Su diestra empuña en ademán tremendo
La dura lanza de la fiera Palas,
Y el delicado pecho le aprisiona
El durísimo peto de Belona.

"¡Hurra!" esclama ¡"á la lid vibre el acero;
Rompa el aire mortífera metralla;
Que el señor se levante verdadero
Y se humille en el polvo la canalla.
Que se estrelle el dogal del extranjero;
Que en prolongada y sin igual batalla
Se alcen millones de robustos brazos
Y el poder colonial caiga á pedazos."

"Lucha sin descansar que la victoria
De lauro eterno cubrirá tus sienes;
Tu nombre augusto escribirá la historia
Y obtendrás el mas grande de los bienes.
Tuya es la libertad, tuya es la gloria,
Que para ti ya cambia sus desdenes

En sonrisas de amor, ¡oh pueblo mío!
Víctima heroica de tirano impío.

“Tú llevas en tu mano la bandera
De la causa de Dios, de la justicia;
En tus ojos su fuego reverbera,
Hace de tus ensueños la delicia;
La esperanza se muestra placentera,
Su perfumado soplo te acaricia,
Y al descender á tu robusto pecho
Te muestra tu deber y tu derecho.”

“¡Hurra! ¡a luchar! la tierra está sedienta
De sangre de tiranos; la campiña
Se estremece desnuda y macilenta;
Graznando ya las aves de rapiña
Pasan como una nube cenicienta
Que en el viento revuélvese y apiña;
Que tu poder al déspota destruya:
Tuyo es el porvenir, la patria es tuya.”

Dijo y desapareció; su voz en tanto
Por ecos invisibles conducida,
Disipando la duda y el quebranto
Llega á la multitud estremecida.
De Méjico y de patria el nombre santo
Repite en su entusiasmo enfurecida,
Y en Hidalgo y Allende la mirada
Fija ciega, y ardiente, y fascinada.

Guadalajara, Setiembre 15 de 1862.—José M. Vi-
gil.

DOLORES

o

UNA PASION.

PRIMER ENSAYO DRAMATICO, EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

Original de

D. JOSE MARIA VIGIL,

Representado por primera vez en el Teatro principal de Guadalajara, la noche de
15 de Mayo de 1851.



GUADALAJARA:

Imprenta de Jesus Camarena, segunda calle de la Aduana, n. 3.

1851.